



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 9, Núm. 1, pp. 536-561 - ISSN 2027-5528

Entre acuerdos y desacuerdos: Percepciones sociales de la paz en el Cauca, 2012-2016

Between agreements and disagreements: Social perceptions of peace in Cauca, 2012-2016

David Sebastián Pérez Reina
Universidad del Cauca
orcid.org/0000-0003-0809-4710

Recibido: 30 de marzo de 2018
Aceptado: 23 de mayo de 2018



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Entre acuerdos y desacuerdos:

Percepciones sociales de la paz en el Cauca, 2012-2016¹

David Sebastián Pérez Reina
Universidad del Cauca

Estudiante de Ciencia Política en la Universidad del Cauca. Integrante del Semillero de Investigación Distopía, Unicauca.

Correo electrónico: dsperez@unicauca.edu.co

ORCID ID: orcid.org/0000-0003-0809-4710

Resumen

El falso dualismo entre los amigos y enemigos de la paz, se empieza a desvanecer tras desglosar la filigrana de dichas posturas, pues, al interior de estos bloques monolíticos encontramos horizontes heterogéneos y variopintos. En este sentido, y teniendo en cuenta que el Cauca es una pieza central en el rompecabezas de la paz, el presente artículo busca desentrañar los matices dentro de algunos de los actores sociales en el departamento; los cuales, a pesar de su apoyo irrestricto al proceso, muestran diferencias con actores importantes para la paz (como el mismo gobierno). Para ello, dividimos el documento en dos partes. En primera instancia definimos, a partir de los Estudios de Paz, los conceptos de conflicto y paz (asimismo nos aproximamos a la idea de *selectividad estratégica*, ya que nos permite abordar conceptualmente las fracciones internas que tiene cada una de las posturas). En la segunda parte, se hace un recorrido por los diversos cambios que atravesó

¹ El presente artículo es producto del proyecto de investigación ID 4520 “Actores sociales, procesos de diálogo Gobierno-Guerrillas y la construcción de paz en el Cauca 2012-2016” del Semillero de Investigación Distopía, adscrito al Grupo de Investigación Actores, Procesos e Instituciones Políticas “GIAPRIP” del Departamento de Ciencia Política, Universidad del Cauca.

dicho apoyo social al proceso de paz, el cual se transformó dependiendo de la correlación de fuerzas en momentos políticos clave, tales como las elecciones presidenciales de 2014 y el plebiscito de 2016.

Palabras clave: Colombia, paz, construcción de paz, paz territorial, enfoque estratégico relacional.

Between agreements and disagreements: Social perceptions of peace in Cauca, 2012-2016

Abstract

The false dualism between the friends and enemies of peace, begins to fade after breaking down the filigree of these positions, because inside these monolithic blocks we find heterogeneous and varied horizons. In this sense, and bearing in mind that the Cauca is a central piece in the peace puzzle, this article seeks to unravel the nuances within some of the social actors in the department; which, despite their unrestricted support for the process, show differences in other aspects with important actors for peace (such as the government itself). To do this, we divide the document into two parts. In the first instance, we define, based on the Peace Studies, the concepts of conflict and peace (we also approach the idea of strategic selectivity, since it allows us to conceptually address the internal fractions of each of the positions). In the second part, we take a look at the various changes that the peace process went through and the social support it received, which was transformed depending on the correlation of forces at key political moments, such as the presidential elections of 2014 and the plebiscite of 2016.

Keywords: Colombia, peace, peacebuilding, territorial peace, strategic-relational approach.

Introducción

Este escrito debería comenzar con un hecho esperanzador, pero inicia con la cifra de una paz sangrante. La que corresponde a los líderes sociales asesinados a escasos dos meses de 2018, una cifra que ya suma 13 muertos en Colombia, 2 de ellos en el Cauca. Esta dolorosa llaga producida por una guerra agonizante que se resiste finalizar, refleja que el conflicto en el Cauca no solo es armado sino social, pues en medio del pos-acuerdo existe una disputa entre diversos sectores por el modelo de sociedad que se busca implantar en los territorios. Y aunque la actual correlación de fuerzas brinda posibilidades para la paz, la guerra continúa engrosando sus arcas conforme los pilares de la paz no se consolidan, siendo uno de ellos los sectores sociales; importantes ya que por décadas han desarrollado alternativas no violentas en el Cauca, edificando así una de las estructuras de movilización social más fuertes del país.

Debido a su importancia para la paz y la amenaza constante para su consolidación, el objetivo del presente documento es aproximarnos a las percepciones que estos sectores, sus líderes y organizaciones, construyeron a lo largo de un proceso relativamente alejado de ellos: los diálogos de paz Gobierno-Guerrillas durante 2012-2016. La hipótesis que tenemos es que tanto los diálogos, como su bandera de la “paz territorial” (promovido como el enfoque sustancial de un escenario posconflicto), lograron un buen respaldo por parte de diferentes sectores sociales, especialmente los de corte étnico. Pues ha logrado abrir una ventana de oportunidad para que estos viabilicen sus reivindicaciones colectivas, a la vez que les permite apoyar la superación del conflicto social y armado, brindando serias oportunidades para avanzar en una construcción de paz realmente territorial. Esto a pesar de que el proceso de paz se siente distante, ya que su agenda basada en una “paz liberal” no armoniza del todo con las preocupaciones esenciales de los sectores de base.

Para desarrollar esto acudimos a una metodología cualitativa analítica, que tiene como marco conceptual los Estudios de Paz y los avances teóricos de enfoques críticos de la ciencia política. Hacemos uso del concepto de construcción de paz (*peacebuilding*)

derivado del modelo de la “paz liberal” y de su materialización en Colombia con el discurso de la “paz territorial”; ideas que articulamos con las discusiones del enfoque estratégico relacional, ya que nos permite abordar los diálogos de paz como una acción estratégica de sectores hegemónicos del Estado (*selectividad estratégica*),² que tiene un impacto diferencial en las acciones y percepciones de los sectores sociales articulados a la construcción de paz.

Igualmente, nos apoyamos indirectamente en información empírica que tuvo en cuenta dos tipos de fuentes documentales: la primera, los testigos clave (líderes sociales), a los cuales se aplicó entrevistas semiestructuradas; y la segunda, la prensa escrita, que se recopiló, sistematizó y analizó con base en el marco conceptual establecido. El documento se divide en dos segmentos. El primero tiene un doble propósito, por una parte, establecer desde los Estudios de Paz la plataforma conceptual que guía la transformación del conflicto en Colombia; y por otra parte, busca definir el carácter estratégico que este proceso tiene para los sectores dominantes y los sectores alternativos del país. En el segundo apartado se detallan las posiciones y percepciones de los sectores sociales del departamento; determinando cómo se han reacomodado ideológicamente las fuerzas sociales en el marco de los diálogos y la construcción de paz. Finalmente, se recogen las principales conclusiones de esta aproximación a las percepciones de los actores sociales con respecto al fin del conflicto.

² Desde B. Jessop (2008) entendemos la idea de *selectividad estratégica* como “la forma en la que el Estado, considerado como un conjunto social, posee un impacto específico y diferenciado sobre la capacidad de las distintas fuerzas políticas para perseguir sus intereses y estrategias particulares en contextos espaciotemporales específicos. Para ello utiliza el acceso o el control sobre ciertas capacidades estatales (capacidades que, para ser eficaces, dependen siempre de sus vínculos con fuerzas y poderes que existen y operan más allá de las fronteras formales del Estado)” (p. 46). En nuestro caso los diálogos Guerrillas-Gobierno, serían una de esas formas específicas con las que el Estado impacta y reconfigura la estructura de poderes con respecto al conflicto, razón por la que se entiende como una selectividad estratégica.

De la paz como ideal, de la paz como estrategia...

El anuncio de los diálogos FARC-Gobierno en agosto de 2012, no solo implicó un cambio en la estrategia gubernamental para acabar con la guerra insurgente, también permitió la emergencia de una serie de nociones sobre la transformación pacífica de los conflictos; que desde hace décadas habían estado en el subsuelo, pero que ahora afloraban como los ejes argumentales y discursivos de esta coyuntura. De la amplia retahíla de conceptos que surgieron y que explayaban hasta la saciedad el término “paz”, se consolidaron dos ideas hermanas en las agendas gubernamentales y sociales del país: construcción de paz y paz territorial. El primero es un concepto de matriz anglosajona (*peacebuilding*), emparentado íntimamente con el estructuralismo europeo de la segunda posguerra mundial y con los estudios para la resolución de conflictos, convirtiéndose en uno de los ejes del actual proceso en el país (Castaño, 2013). El segundo concepto es un colombianismo gubernamental heredero del anterior, acopla la perspectiva neo-institucionalista, el humanismo liberal y la economía de mercado. Además, hace eco de propuestas como la “paz híbrida”, pues reconoce la importancia de lo territorial y de los actores locales, fundamentando una paz construida desde “abajo hacia arriba”, al menos en lo discursivo. Situación importante, porque esto ha calado en múltiples sectores sociales alternativos que se acompañan con la actual coyuntura y enarbolan estratégicamente la construcción de paz territorial, pues esta les permite apoyar la superación de una guerra que sienten como ajena, a la vez que refuerzan sus reivindicaciones particulares.

La construcción de paz o *peacebuilding* ha sido una idea dominante desde los 90, consolidándose como el faro de la praxis y la investigación de la paz. Aunque en su entorno también podemos encontrar ideas análogas como *peacekeeping* (mantenimiento de la paz), *peacemaking* (pacificación o establecimiento de la paz), *peace enforcement* (imposición de la paz) y *conflict prevention* (prevención de conflictos a partir de medidas diplomáticas); la *peacebuilding* las abarca en una propuesta académica integral, que es ampliamente usada por diferentes instituciones y actores con el fin de “evitar que los conflictos de cualquier

índole, lleguen a convertirse en conflictos armados, o que los que están en esta fase, salgan y no retornen a ella” (Castaño, 2013, p. 79). Sus raíces se encuentran en los estudios para la resolución de conflictos en autores como Kenneth Boulding y Elise Boulding, Anatol Rapoport, Adam Curle, John Burton, Gene Sharp, Paul Werh, Johan Galtung y John Paul Lederach (Grasa, 2010, p. 69). Siendo sumamente importantes los dos últimos autores, pues Galtung desarrolla más de la mitad de toda la bibliografía sobre la paz (Calderón, 2009) y Lederach es un influyente defensor de la transformación de los conflictos, representando ambos una de las líneas normativas más dominantes en la academia y en los órganos gubernamentales y no gubernamentales articulados a la paz.

Así las cosas, Galtung (como se citó en Paladini, 2011) entiende que el conflicto es un componente estructural de las relaciones humanas, el cual tiene crisis y oportunidades en su desarrollo; siendo la violencia una agudización negativa de la crisis y la paz una oportunidad para transformarla. Debido a su visión estructural del conflicto, propone que hay dos grandes visiones de la paz: una entendida como la simple ausencia de violencia, que se denomina *paz negativa*; y la otra, que implica la existencia de cambios estructurales en lo político, económico y cultural para superar la violencia, denominada *paz positiva* (Calderón, 2009). De acuerdo con Calderón (2009), el autor noruego establece tres dimensiones del conflicto: una dimensión interna, expresada en las presunciones de los actores; otra externa, reflejada en el comportamiento; y una dimensión presente entre las relaciones sociales, expresada en las contradicciones. En estas dimensiones tanto la paz como la violencia son una posibilidad, razón por la que Galtung propone que la vía pacífica implica el “peacemaking (que opera sobre las actitudes), el peacekeeping (que opera sobre los comportamientos), y peacebuilding (que opera sobre las contradicciones subyacentes)” (Calderón, 2009, p. 70). El trámite exitoso del conflicto conlleva el desarrollo de cada una de estas formas de paz, de lo contrario hay una seria posibilidad para su reactivación negativa y su agudización crítica. Con todo, para Galtung (como se citó en Paladini, 2011) la construcción de paz es el “emprendimiento político que tiene como objetivo crear paz sostenible enfrentando las causas estructurales o profundas de los conflictos violentos a partir de las capacidades locales para la gestión pacífica de los mismos” (p. 5).

La otra línea influyente en la construcción de paz deviene de Lederach, principalmente desde su visión transformadora y multidimensional de las conflictividades. Su visión se alinea con el carácter estructural del conflicto social, razón por la que no se puede hablar de una finalización del conflicto, sino más bien de su transformación. Con ello la idea de posconflicto tendría un lugar inespecífico, pues la perennidad del conflicto impide establecer el momento concreto de dicha etapa. De ahí que se hable de *postacuerdo*, que se plantea como una fase de transición desatada con los acuerdos entre las partes en conflicto; acuerdos que en todo caso no garantizan la transformación del mismo, aunque sean una de las formas más socorridas para lograrlo. Así, el postacuerdo sería esa etapa que convoca a las partes en conflicto y a los demás actores relacionados directa e indirectamente, teniendo el potencial de conectarse sistemáticamente con “los procesos de cambio más amplios incrustados en la red de relaciones en un contexto determinado” (Lederach, 2008, p. 82.). Es decir, es una fase donde se podrían presentar, o no, los cambios constructivos para la transformación del conflicto.

En todo caso, se propone que la construcción de paz es un proceso integral de largo aliento, que tiene como primer paso la transformación del sistema relacional de los individuos y la activación de sus capacidades constructivas, que permite encontrar nuevas salidas frente a los diversos conflictos. En suma, para Lederach (2008) la construcción de paz es la forma “cómo nos movemos de la violencia destructiva a un compromiso social constructivo” (p. 11), un cambio producido en una estructura piramidal compuesta por dimensiones, niveles y actores, que se dividen así: en la base están los actores sociales y las comunidades donde el conflicto incide directamente, el nivel intermedio están ONG, iglesias, academia, gremios y finalmente en la punta están los tomadores de decisiones (Lederach, 2008).

Hoy estas visiones se recogen por parte de diversas estructuras gubernamentales y no gubernamentales, pues antes de finalizar la Guerra Fría el debate sobre la paz había sido esencialmente una batalla de papel, que libraban los “irenólogos” desde las trincheras de

sus escritorios. Según ONU (2000), este cambio se produce en la década del 90, cuando el entonces Secretario General de la ONU, Boutros Boutros-Ghali, publica la *Agenda para la paz*, comenzándose a hablar de *post-conflict peacebuilding* (construcción de paz posbélica), que remite a las acciones paralelas y/o posteriores al conflicto armado, que comprendían las:

“actividades realizadas al final conflicto para restablecer las bases de la paz y ofrecer los instrumentos para construir sobre ellas más que la mera ausencia de la guerra [incluyendo] la reincorporación de excombatientes a la sociedad civil, el fortalecimiento del imperio de la ley (por ejemplo mediante el adiestramiento y reestructuración de la policía local y la reforma judicial y penal); el fortalecimiento del respeto de los derechos humanos mediante la vigilancia, la educación y la investigación de los atropellos pasados y presentes; la prestación de asistencia técnica para el desarrollo democrático (incluida la asistencia electoral y el apoyo a la libertad de prensa); y la promoción del empleo de técnicas de solución de conflictos y reconciliación” (ONU, 2000, párrafo 13).

La paz así entendida se acompasó con una mirada institucionalista, liberal y garantista de una serie de derechos para superar la violencia en escenarios posbélicos. Conformando un modelo que Mark Duffield denominó como la “paz liberal”, que hundía sus raíces en la paz perpetua de Kant y la teoría democrática de Schumpeter (Doyle, 1983), el idealismo internacionalista de Keohane y Nye (1988), el humanismo cristiano y la teoría crítica sobre la acción social. Las múltiples corrientes desarrolladas por este modelo gravitaron alrededor de una construcción de paz entendida como el proceso que implica: “la intervención en la regulación del Estado mediante reformas destinadas a implantar la democracia y la “buena gobernanza”, la economía de mercado, el imperio de la ley, el respeto de los tratados internacionales y de los derechos humanos [...] el fortalecimiento de la sociedad civil, el desarme, la ayuda humanitaria, la seguridad humana [y] la justicia social” (Mateos, 2011, p. 85).

En la actualidad diversos enfoques críticos, postestructuralistas, poscoloniales y decoloniales han puesto sobre la mesa las aporías de este modelo dominante, pues tal como lo señala Chandler (como se citó en Giménez, 2015) se la señala de ser una “*realpolitik* renovada con maquillaje moral/liberal” (p. 39), que busca desarrollar de forma vertical y de manera exógena a los territorios, un paradigma estandarizado que no reconoce las particularidades sociales y culturales de las sociedades posbélicas. De ahí que en los últimos años asistamos a una oxigenación conceptual de este debate, donde las ideas de “paz híbrida” o “postliberal” (Richmond, 2011; Mac Ginty, 2011), “paz imperfecta” (Muñoz, 2001), “paz transformadora” (Montañés y Ramos, 2012) y “paz subalterna” (Cruz y Fontan, 2014), han surgido como respuesta a la visión neo-institucionalista de los modelos dominantes, reconociendo la importancia de otros eslabones de la paz (como los actores sociales) y ampliando facetas como la cultura de paz.

Ahora bien, a pesar de la riqueza en este debate, el modelo de la paz liberal continúa siendo la línea pura y dura de diferentes procesos de paz. De hecho, en el caso colombiano este modelo ha sido transversal en la agenda de la construcción de paz por más de dos décadas (Rettberg, 2012), llegando a ser el punto de partida de procesos concomitantes y coyunturales como las negociaciones Gobierno-guerrillas (Arévalo, 2014). Y aunque en los últimos años la construcción de paz en Colombia se plantea como un proceso desarrollado “desde abajo” y desde las regiones (García, 2016), todavía hay una visión vertical e institucional donde el centro político y su proyecto tienen que llegar a la periferia. Situación que se coteja en uno de los discursos que se ha instalado con fuerza en la agenda gubernamental: el de la “paz territorial” (Bautista, 2017, p. 1), un eufemismo colombiano del modelo de “paz liberal” que articula dos ideas hermanas: “la noción del enfoque de derechos de corte liberal y la conformación de “instituciones fuertes”, que hagan cumplir esos derechos en todo el territorio” (Bautista, 2017, p. 1).

Se entiende que las fallas del Estado colombiano y su baja capacidad institucional para garantizar los derechos en todo el territorio, así como la insuficiente respuesta de las

demandas políticas de la sociedad, son causa y consecuencia del conflicto armado en el país (Jaramillo, 2013). Razón que permite sostener que la construcción de paz necesita abordar la construcción y consolidación del Estado en dichos escenarios, esto desde una perspectiva localista o de “abajo hacia arriba” que imponga “una lógica de inclusión e integración territorial, basada en una nueva alianza entre el Estado y las comunidades para construir conjuntamente institucionalidad en el territorio. “Institucionalidad” entendida nuevamente no sólo como la presencia de unas entidades estatales, sino como el establecimiento conjunto de unas prácticas y normas que regulen la vida pública y produzcan bienestar” (Jaramillo, 2013, p. 5). En sintonía con lo propuesto por autores como Roland Paris, se estaría buscando una institucionalización de la paz desde un modelo liberal, que reproduzca de forma negociada el modelo político y económico del Estado en los territorios.

La paz es vista como la ruptura con la violencia a partir de la superación de la debilidad crónica del Estado y el estímulo del desarrollo económico (García, 2013, párrafo 10), es decir, un nuevo impulso al proyecto de modernización política y económica que está en los anales de la historia colombiana, principalmente desde el Frente Nacional (López, 2013); proyecto que busca articular las regiones apartadas al proyecto político central, reproduciendo así las estructuras políticas y económicas que originaron y recrudecieron el conflicto armado en el país (Zubiría, 2015). Con todas las implicaciones que esto tiene, la simbiosis aquí presentada sería la reivindicación y revitalización del “proyecto de un Estado configurador de condiciones para la recomposición del mercado a partir de una “nueva economía” y “que en últimas se traduce en la oxigenación del neoliberalismo, evitando distorsiones a los mercados y procurando cerrar el desangre financiero para el Estado que hoy significa la guerra en Colombia” (Bautista, 2017, p. 5).

A la luz de estos planteamientos, la paz abanderada por algunos sectores políticos dominantes puede ser vista como una apuesta estratégica que busca poner fin a la guerra (paz negativa), esto con el fin de consolidar un proyecto hegemónico en los lugares donde

la violencia impedía hacerlo. Una apuesta que también ha sido considerada por parte de los diversos actores enmarcados en el conflicto armado y social, pues abre las posibilidades para transformar las condiciones que reproducen dicho sistema hegemónico. Como señala Medina Gallego (2013): “el inicio de las conversaciones [de paz] representa para las FARC una victoria táctica en el campo político frente al gobierno y, para éste, una apuesta a la consolidación de la *victoria militar estratégica en el escenario político*. La guerra vuelve a asumir su forma política” (p. 93).

Tal vez nunca la dejó por completo. Pero al sembrar la transformación del conflicto en el amplio terreno de la paz, este se vuelve realmente algo político –en los términos de Arendt (1997), pues se amplió el abanico de escenarios y actores que pueden incidir de manera profunda en su transformación. Otrora, la guerra contrainsurgente había definido dos bandos que buscaban dirimir el conflicto desde la vía militar, replicando así una clara relación amigo-enemigo, donde los sectores que izaban la bandera de la paz no tenían un lugar específico. Una situación que en el caso de los sectores sociales se tradujo en la imposibilidad de consolidar una movilización regular proactiva, con el fin de inclinar la balanza hacia la salida pacífica del conflicto (García Durán, 2006). Pero con la actual relación de fuerzas, donde el reconocimiento de la existencia de un conflicto social y armado, es sucedido por el inicio de los diálogos de paz y la repolitización de las fuerzas que buscaban salidas no violentas al conflicto, ha sido posible un reposicionamiento de dichos sectores con respecto a un escenario de construcción de paz; que si bien está guiado por un modelo hegemónico como la paz liberal, deja espacios para el robustecimiento de sectores vitales para la paz.

Acuerdo sobre el Acuerdo: percepciones de la paz en el Cauca

Ahora bien, es cierto que el inicio de un proceso de paz entre el gobierno y las FARC, sumado a las posibilidades de iniciar un proceso con el ELN, consolidó una

relación de fuerzas conducente a la transformación pacífica del conflicto. No obstante, algunos elementos de la construcción de paz ya habían sido desarrollados por parte de diferentes actores en los territorios afectados por la guerra, que generaron una serie de condiciones favorables al respaldo del proceso de paz. En el caso del Cauca, no es ninguna novedad la existencia de procesos de vieja data que han edificado estructuras de movilización social, tales como el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), la Coordinación de Consejos Comunitarios y Organizaciones de Base del Pueblo Negro de la Costa Pacífica del Cauca (COCOCAUCA), el Comité de Integración del Macizo Colombiano (CIMA) y el Proceso de Unidad Popular del Suroccidente Colombiano (PUPSOC), entre muchas otras organizaciones de base que, surgidas en el marco de un conflicto social y armado, han sabido desarrollar y apoyar medios pacíficos para tramitar las conflictividades en el Cauca.

De manera que en el Cauca ya se habían desarrollado elementos de la construcción de paz mucho antes del inicio de algún proceso formal, lo cual explica el amplio consenso sobre la salida pacífica al conflicto armado desde estas estructuras, pues el conflicto armado se siente como ajeno, respaldando así el proceso de paz e incluso llegando a buscar salidas alternas desde lo local para mitigar la intensificación de la guerra. Aunque esto se ha hecho desde un punto neurálgico para el proyecto político de estos sectores: la reivindicación de la autonomía territorial y la defensa de la jurisdicción especial de los territorios, situación que siempre se miró como un cuestionamiento de la capacidad del Estado, desatando desde el inicio un dilema programático en la construcción de paz. Pues uno de los inamovibles de los sectores sociales étnicos y culturales es la defensa de la autonomía territorial, pero el modelo de paz del gobierno es fundamentalmente institucional y busca la consolidación estatal, tanto de su componente militar como del administrativo y social; lo cual implica llevar al Estado a los lugares donde este es débil o inexistente.

Justo antes del inicio de los diálogos y en el marco de una guerra, cada vez más intensa, el cuestionamiento del poder estatal en territorios con jurisdicción especial fue un

elemento importante; porque marca la forma en que actores sociales de gran peso apoyan el proceso de paz y se articulan al proyecto de la paz territorial. Así pues, el apoyo de una paz negociada se da sólo en la medida en que esta respete los derechos étnicos y culturales de indígenas, afrodescendientes y, en menor medida, campesinos, los cuales han sido adquiridos durante años de movilización social; insertando de esta manera en el lenguaje de la paz nociones como la de “paz interétnica”, “derecho étnico”, “resistencia colectiva”, “territorio autónomo”, “territorios ancestrales”, “paz con justicia social”, además de los ya conocidos “postconflicto” “posacuerdo” y “paz territorial”.

El ensamblaje estratégico entre proceso de paz y reivindicaciones territoriales étnicas y culturales, convirtió rápidamente al Cauca en un hervidero de dilemas con respecto al conflicto, pues a la vez que se apoyaba una posible salida pacífica, los diferentes actores sociales se movilizaban de manera autónoma; desarrollando acciones que iban desde la creación de espacios de coordinación como la Minga por la Paz (mayo de 2012);³ pasando por propuestas con más incidencia y que chocaban con el ordenamiento jurídico, como los “diálogos humanitarios”, que diversas organizaciones proponían llevar a cabo con los actores armados para buscar compromisos humanitarios por fuera de la mesa de La Habana; hasta llegar a las vías de hecho, como el desmantelamiento de puestos armados de las FARC y el desalojo del Ejército Nacional en Toribío, una zona de jurisdicción indígena del CRIC. Pese al ambiente caldeado que esto generó entre la institucionalidad del Estado y algunos actores sociales indígenas, y también al interior de estos,⁴ la favorabilidad con respecto al proceso de paz no se vio afectada sustancialmente.

³ Este espacio reúne al CRIC, ERPAZ, UAFROC, la Ruta Pacífica de Mujeres- Cauca, Comunitar, el Comité de Integración del Macizo Colombiano CIMA, la Red de Iniciativas de Paz desde la Base, la Minga Social y Comunitaria, el Congreso de los Pueblos, las Plataformas de paz de la sociedad colombiana.

⁴ Debido al desmantelamiento de bases del Ejército Nacional por parte de indígenas nasa del CRIC en agosto de 2012, se evidenció la clara fractura entre esta organización y la OPIC (Organización Pluricultural de Pueblos Indígenas del Cauca) una estructura social indígena de fuerte oposición al CRIC y las guerrillas, y con alguna afinidad a las políticas militaristas. La OPIC había rechazado el desalojo de la fuerza pública alegando una supuesta infiltración insurgente en el CRIC (lo cual fue negado por sus voceros), aunque esto no se reflejó en su posición favorable con respecto a los diálogos de La Habana (Secué, 2012), es decir, que las fricciones entre estas organizaciones sociales no afectaron sustancialmente el apoyo al proceso de paz. Una situación que se replicaba en otro tipo de instancias étnicas como COCOCAUCA, donde hay un

Frente al proceso de paz hay un consenso, eso es claro. Pero en el Cauca un consenso siempre ha de estar secundado por múltiples disensos, pues a pesar de que los diversos actores sociales tenían a buen recaudo la iniciativa gubernamental de los diálogos, no dudaron en discrepar de la forma en que se adelantaban los mismos. Casi desde su anuncio en agosto de 2012 y su inicio en noviembre del mismo año, las organizaciones más representativas del Cauca pidieron mayor participación en las negociaciones; argumentando que se debía escuchar la voz de los territorios, porque eran estos los que más habían padecido el rigor de la guerra, especialmente los sectores rurales, llegando a poner en entredicho la legitimidad de los mecanismos habilitados por los negociadores para su efectiva participación.

De ahí que en primera instancia algunos espacios concertados por la Mesa de Diálogos en La Habana con el fin de garantizar la participación de la sociedad civil, tales como el Primer Foro “Política de Desarrollo Agrario Integral con Enfoque Territorial”, fueron rechazados por organizaciones como el CRIC, la ACIN, el CIMA, ORDEURCA y el Movimiento campesino de Cajibío MCC;⁵ alegando que “la paz estable y duradera se construye desde las comunidades, desde las regiones, caminando la palabra y la propuesta en la voz directa de quienes padecemos el conflicto” (ERPAZ, 2012, p. 1). Como señala Aida Quilcué perteneciente al CRIC, la paz no se construye desde La Habana dándole la espalda a las comunidades porque “eso nos va a generar en el posconflicto, un conflicto civil interétnico” (El Espectador, 2012). Y aunque sus voces sí se oyeron en las instancias de participación formal, mediante comunicados que fijaban sus posiciones en dichos espacios, siempre se defendió una paz desde abajo.

distanciamiento con el Consejo Comunitario Alto Guapí debido a su cercanía con los proyectos agrarios de monocultivo en el pacífico caucano, lo cual choca con la visión general de COCOCAUCA de defensa del territorio colectivo; división interna que no ha supuesto que estas organizaciones no apoyen en bloque los diálogos de paz y defiendan diversas iniciativas para finalizar la guerra de manera pacífica.

⁵ Estas organizaciones están agrupadas en el Espacio Regional de Paz del Cauca (ERPAZ) que data desde 2010, el cual también reúne a la Corporación de Mujeres Eco feministas (Comunitar), Justicia y Paz del Cauca, la Corporación Paz y desarrollo, la Ruta Pacífica de las Mujeres del Cauca, COCOCAUCA, la Unión de Organizaciones Afro descendientes del Cauca (UOAFROC), la Corporación de Destechados de Colombia (CODESCO) y la Asociación de Campesinos de Inzá Tierradentro (ACIT).

En este sentido, punto por punto la Agenda de La Habana fue replanteada desde la visión de estos sectores, conformando un programa para la paz desde los territorios que, a pesar de contener ideas muy generales debido a la heterogeneidad de los espacios donde se originaron (tales como la Minga por la Paz y ERPAZ), sentaban una posición proactiva frente a unos acuerdos que se negociaban a puerta cerrada.

Así por ejemplo, en materia de desarrollo rural integral (primer punto de la agenda Gobierno-FARC), proponían la solución de la inequidad en el campo, la redistribución de la tierra, la crítica al modelo latifundista rentista, la articulación del problema de la tierra con la cuestión minero-energética. En materia de participación política, se propone el desarrollo de un sistema político realmente incluyente y verdaderamente representativo, aunque dicen no arriesgar aún “mecanismos como asamblea constituyente, convención del pueblo, Congreso popular, pero la discusión debe pasar por abordar estos temas” (ERPAZ, 2012, p. 5); de igual manera apoyan espacios e “iniciativas regionales al interior de la sociedad civil como las que en este momento se implementan en el departamento del Cauca (diálogo caucano por la paz; mesas sociales por la paz; diálogos humanitarios) y nacionales como el Consejo Nacional de Paz” (ERPAZ, 2012, p. 5).

La sustitución de cultivos también hace eco en sus propuestas, las cuales buscan una “política de sustitución voluntaria y concertada de cultivos de uso ilícito, dentro del marco de un programa de economía propia indígena, afro, campesina y popular, que inicie con la redirección de la inversión rural del Estado (actualmente ejecutada a través de programas asistenciales), ampliando esta inversión, potenciando y valorando los recursos propios de las comunidades a superar la problemática de los cultivos de uso ilícito” (ERPAZ, 2012, p. 3; ONIC, 2012).

Esta serie de propuestas surgían en un ambiente de escepticismo y temor no frente a las negociaciones, sino frente a las amenazas que un posible escenario posconflicto suponía para el departamento. Dentro de la copiosa lista de preocupaciones manifestadas por algunos sectores sociales se encuentra: el aumento de actores armados en el territorio y la

consecuente militarización del mismo a través de políticas de consolidación estatal; la agudización de la crisis humanitaria (especialmente en los nodos estratégicos de la paz como son los líderes); la concentración de tierra y su probable intensificación; el incremento del narcotráfico y la falta de programas sólidos para la sustitución de cultivos; el robustecimiento del sector minero-energético que conlleva múltiples problemas conexos tales como la degradación ambiental, el comprobado riesgo humanitario que conlleva la minería y el aumento de las concesiones a transnacionales en los territorios de importancia étnica y cultural. En el caso de los sectores afrocolombianos (ACONC, UOAFROC y COCOCAUCA) e indígenas (CRIC y ACIN), había un reclamo en especial que se propuso como un punto transversal para encauzar las anteriores preocupaciones: la defensa por la autonomía territorial y por los derechos de la jurisdicción especial de territorios ancestrales.

Este reclamo no era exclusivo para las negociaciones del proceso de paz, sino que estuvo en el centro de otros procesos coyunturales que necesariamente se entrecruzaron con los diálogos, porque si en La Habana negociaban el conflicto armado, en Colombia los sectores sociales negociaban a punta de paro el conflicto social, sobretodo el que se presenta en el sector rural. De ahí que 2013, el año donde se producen avances en dos puntos neurálgicos de la agenda de paz como el de tierras y el de participación política, también es el periodo más convulso en términos de movilización social nacional; la cual tuvo una fuerza tal que permitió la articulación de diversos sectores indígenas, afrodescendientes y campesinos a una agenda común con respecto a los territorios. Con ello se encauzó el ímpetu social en diferentes espacios, que perseguían objetivos inmediatistas, como las Dignidad Agraria, pero también espacios que buscan reivindicaciones más profundas entorno a la reforma rural integral y la participación política, como la Cumbre Agraria, donde eventualmente se articularon los sectores más influyentes del Cauca.

Con esto es posible entrever una relación contradictoria pero estratégica, pues a la vez que se apoyaba los diálogos de La Habana –porque se entendía la importancia de superar el conflicto armado, también hay un progresivo incremento de la movilización de múltiples sectores sociales; que respaldaban al proceso de paz, pero rechazaban el resto de la agenda gubernamental. Así las cosas, el proceso de paz había logrado concretarse como uno de los

pocos puntos de encuentro entre la agenda gubernamental y las agendas sociales; un elemento que sería crucial para las partes interesadas en llevar a buen puerto los diálogos. Esto se evidencia en la vorágine político-electoral que sobrevino en medio de los diálogos, pues esta reforzó la articulación de partes enfrentadas (como el gobierno y los sectores sociales), con el fin de superar fuerzas políticas que no estaban de acuerdo con el proceso de paz; a la vez que cohesionó a diversos que se enfrentaban al gobierno y que gravitaban alrededor del proceso de paz su discurso de oposición.

Lo interesante en este punto es cómo la paz reacomoda a los sectores favorables a las negociaciones y no siempre afines ideológicamente. De esta forma, en el marco de una agitada y bien robusta movilización social que precedió esta coyuntura electoral, los sectores sociales del Cauca siempre buscaron distanciarse del proyecto del bloque dominante, pues como señala un líder indígena, el gobierno “ha causado tal catástrofe a las comunidades y a los territorios del Cauca y todo el país; que está logrando dividir la lucha de base del pueblo colombiano (y ponerla a negociar por aparte a su conveniencia)” razón por la que “No podemos permitir que el gobierno que nos persigue utilice nuestro territorio y la presencia de nuestras comunidades en masa como la vitrina perfecta para su campaña de reelección” (ACIN, 2014). Una posición férrea pero efímera, pues la correlación de fuerzas desfavorable en el ámbito electoral para el proceso de paz, implicó una alianza que siempre se alegó como un apoyo a la paz y no tanto al gobierno. Con esto se llamaba a la unión electoral con el fin de avanzar en el proceso de paz porque a pesar de que: “la terminación del conflicto armado no significa la Paz en sí misma, pero sí [es] un paso muy importante e imprescindible para avanzar en la construcción de la paz con justicia social y cultural que anhelamos en un escenario de postconflicto” (CRIC, 2014).

Por tanto, en uno de los momentos más críticos para el proceso de paz y la coyuntura que enmarca la transformación del conflicto, el proceso de paz fue quien inclinó la balanza electoral. En el Cauca por ejemplo, se puede estimar que el 20% de los votos en segunda vuelta obtenidos por el reelecto Santos (aproximadamente 60.000), fueron puestos por sectores alternativos impulsados en su gran mayoría por el proceso de paz (El Nuevo Liberal, 2014). Situación que se replica en el proceso electoral regional posterior (2015),

donde el discurso de la paz se impuso tanto en la gobernación, como en buena parte de las alcaldías, las cuales fueron controladas por estructuras partidarias cercanas al proyecto gubernamental.⁶

La coyuntura electoral y la consecuente reafirmación del proceso de paz, se puede ver en diferentes y muy contradictorios sentidos; por una parte, esta fue una victoria táctica en el terreno electoral para el proyecto bandera del bloque dominante: desarmar al principal contendor insurgente, al cual se sumaron electoralmente sectores diametralmente opuestos al proyecto dominante. De igual manera, el voto de buena parte de la sociedad se entendió como un respaldo a un proceso que se estaba empantanado por una relación de fuerzas desfavorable, razón por la que se miró como un apoyo para que este proceso se irreversibile. Por otra parte, la atmósfera generada por un debate reduccionista frente a las posibilidades del proceso de paz, reflejada en la división entre los amigos de la paz y los enemigos de la paz (visión que devenía de una visión acotada del conflicto, que se entendió electoralmente solo como un conflicto armado, más no social); significó un reacomodo político que marcará la recta final de un proceso que se iba empantanado al final, precisamente por otra coyuntura electoral: el plebiscito.

No haremos referencia al conjunto de variables que se entrecruzaron para la no refrendación popular de los Acuerdos, porque la bruma que dejó esta derrota política y electoral, puede no dejarnos ver la posición favorable de amplios sectores sociales en los territorios más afectados por el conflicto. En el caso del Cauca, la atmosfera precedente al plebiscito fue de gran respaldo (CRIC, 2016; ACIN; 2016; CONPI-Cauca, 2016), lo cual se tradujo en una votación amplia en favor los Acuerdos con 67 % y más de 230.000 votos, siendo el tercer departamento con mayor porcentaje aprobando el plebiscito. Independientemente que después del “No a los acuerdos” haya sobrevenido un rotundo “salven los acuerdos” –evidenciando la fragilidad y trivialidad de esta postura política-, lo

⁶ El mapa político en las alcaldías del Cauca tras estas elecciones quedó así: Partido Liberal con 11; Partido de la U con 7; ASI con 5; Cambio Radical con 4; Partido Conservador con 4; MAIS con 3; AICO con 1; Alianza Verde con 2; coaliciones con 5

que nos muestran las coyunturas electorales (decisivas porque son un termómetro de cómo se percibe algo), es que el problema en sí mismo no fue el qué, sino el cómo.

Desde el inicio del proceso se alertó de los peligros de avanzar en unos diálogos que no se sientan cercanos con la sociedad en su conjunto, especialmente si se evidencia que es una sociedad con múltiples y muy conflictivas visiones de mundo; que se pueden sentir amenazadas ante el avance de un proceso bilateral (FARC-Gobierno), que buscaba cambiar un escenario social multilateral.

Quizá en este punto, la forma en cómo se han asumido los diálogos exploratorios y el inicio de las negociaciones con el ELN en 2016 se muestre como un acierto. La reproducción de la noción de “democracia radical” del ELN –una bandera eterna no siempre bien respaldada por su faceta militar- en el punto transversal de la agenda de paz ELN-Gobierno como es el de “Participación de la sociedad”; parece ser el blindaje más adecuado para dotar de legitimidad una negociación que muestra más complejidades que con las FARC. En todo caso, se busca no repetir las formas limitadas de participación social y los apresurados intentos por “meterle pueblo a la paz”, que incluyeron llamados a última hora a diferentes representantes de los sectores sociales para el desarrollo de un apartado étnico y la realización de un fallido plebiscito que recogió buena parte no del descontento popular, sino del desconocimiento generalizado de los diálogos.

En el ambiente general queda la imagen de un proceso de paz que se articuló a los sectores directamente afectados por el conflicto, un proceso del cual resultó un acuerdo denso que no fue bien socializado en el amplio espectro social; de ahí que un año después de la refrendación, algunos los líderes y organizaciones consultadas aún tuviesen dificultades para detallar lo que se acordó en La Habana; despertando nuevamente los fantasmas de una construcción de paz de “arriba hacia abajo”.

A modo de conclusión

Como señala Rettberg (2012), uno de los tres pilares para avanzar en una construcción de paz estable y duradera es la “sociedad civil”, los otros dos son el Estado y los actores internacionales, fortaleciendo cada uno un espacio vital para la paz. Los primeros adecuan los espacios micro o territoriales, los segundos los espacios regionales y nacionales; y los terceros solidifican la paz desde el ámbito externo. No obstante, los sectores sociales son los más importantes, porque de ellos depende en buena parte la generación de condiciones para una paz realmente territorial. Algo que reafirma García Durán (2006) cuando muestra cómo la progresiva movilización por la paz que se dio desde los 80 y se intensificó en los 90, fue importante para abrir los espacios estratégicos de la salida negociada al conflicto armado; lo cual también ha sido evidenciado en el actual proceso de paz, donde estos sectores han sido decisivos, pues en las diversas coyunturas políticas siempre fueron los que inclinaron la balanza en favor o en contra de la construcción de paz.

Hoy su importancia en la construcción de paz es máxima, pues se ha comprobado que su relativa exclusión en las negociaciones no dejó los mejores resultados, generando un cierto desapego por la agenda que se negociaba (muestra de ello es como a pesar de que se había aprobado un punto de tierras en 2013, este fue el año en el que la movilización de los sectores rurales fue más intensa), que se tradujo en un desconocimiento de los Acuerdos, ocasionando un ambiente de desconfianza que ha sido capitalizado de forma estratégica en momentos de agitación electoral. De ahí en el actual proceso de paz ELN-Gobierno, los sectores sociales han tratado de articularse no solo como grupos de presión para incidir en momentos específicos, sino más bien como grupos de incidencia directa en los acuerdos, que en últimas refleja la esencia de la agenda con el ELN. Actualmente la construcción de paz se entrecruza nuevamente con un proceso electoral y la experiencia reciente nos muestra que los sectores sociales pueden ser decisivos para la consolidación o debilitamiento de un proceso de paz (el del ELN), para la salvaguarda de unos acuerdos a medio implementar y bastamente maltrechos (como son los de las FARC)

y de forma más profunda, para avanzar en una agenda más amplia que se enfoque en el conflicto social, político y económico de los territorios.

Bibliografía

Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN). (2012). *Declaración de paz de Caloto y Villa Rica al pueblo colombiano*. Recuperado de; <http://observatorioadpi.org/content/declaraci%C3%B3n-de-paz-de-caloto-y-villa-rica-al-pueblo-colombiano> .

Corporación Nuevo Arcoiris (2014). *Ni el territorio indígena ni el paro agrario nacional serán vitrinas para la reelección de Santos*. Recuperado de: <http://anterior.nasaacin.org/index.php/nuestra-palabra/6913-ni-el-territorio-ind%C3%ADgena-ni-el-paro-agrario-nacional-ser%C3%A1n-vitrinas-para-la-reelecci%C3%B3n-de-santos>

Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.

Arévalo, J. (2014). Construcción de paz y un nuevo modelo de construcción de estado: una lectura de los dos primeros acuerdos de la Habana. *Revista Economía Institucional*, volumen (16), pp. 131-169. Recuperado de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0124-59962014000100007

Bautista, S. (2016). ¿Qué clase de paz proponen las élites en Colombia? *Revista Izquierda. Espacio Crítico-Centro De Estudios*, volumen (66), 31-37.

- Bautista, S. (2017). Contribuciones a la fundamentación conceptual de paz territorial. *Revista Ciudad Paz-ando*, volumen (10), 3. Recuperado de: <http://revistas.udistrital.edu.co/ojs/index.php/cpaz/article/viewFile/11639/12989>
- Bolaños, E. (14 de diciembre de 2012). Las propuestas de paz de los indígenas. *El Espectador*.
- Calderón, P. (2009). Teoría de conflictos de Johan Galtung. *Revista paz y conflictos*, volumen (2), 60-81.
- Castaño, O. (2013). Conflictos armados y construcción de paz. De la teoría a las políticas internacionales de paz en la posguerra fría. *Ra Ximhai*, volumen (9-2), 69-104. Universidad Autónoma Indígena de México, El Fuerte, México. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/461/46127565004.pdf>
- Cruz, J. y Fontan, V. (2014). Una mirada subalterna y desde abajo de la cultura de paz. *Ra Ximhai*, volumen (10-2), 135-152.
- CONPI. (2016). *La CONPI le dice sí al plebiscito, el Cauca va por el sí*. Recuperado de: <http://www.conpicolombia.org/2016/09/la-conpi-le-dice-si-al-plebiscito-el.html>
- Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). (2014). *Asumimos el pronunciamiento del movimiento Indígena Nacional en relación con el Voto por la Paz de Colombia*. Recuperado de: <http://observatorioadpi.org/content/asumimos-el-pronunciamiento-del-movimiento-ind%C3%ADgena-nacional-en-relaci%C3%B3n-con-el-voto-por-la->
- Doyle, M. (1983). Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part I. *Philosophy and Public Affairs*, 12(3), pp. 205-235.

El Nuevo Liberal. (2014). Espectro político en el Cauca, apenas empieza a despejarse. *El Nuevo Liberal*. Recuperado de: <http://elnuevoliberal.com/espectro-politico-en-el-cauca- apenas- empieza- despejarse/#ixzz5AWggxdTb>

Espacio Regional de Paz del Cauca (ERPAZ). (Noviembre de 2012). La Paz estable y duradera se construye desde las comunidades, desde las regiones, caminando la palabra y la propuesta en la voz directa de quienes padecemos el conflicto. Popayán.

Medina, C. (2013). *Guerra y paz durante el gobierno Santos*. Estrada, J. Solución política y proceso de paz en Colombia, 85-117. Bogotá: Ocean Sur.

Jaramillo, S. (2013). *La paz territorial*. Oficina del Alto Comisionado Para la Paz. Presidencia de la República. Recuperado de: <http://www.interaktive-demokratie.org/files/downloads/La-Paz-Territorial.pdf>

Fundación Ideas para la Paz (FIP). (2016). *El termómetro de la paz*. Recuperado de: <http://www.ideaspaz.org/especiales/termometro/#p0>

García, R. (17 de septiembre de 2012). El camino de la paz: Voluntad política y correlación de fuerzas. *Razón Pública*. Recuperado de: <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/3270-el-camino-de-la-paz-voluntad-politica-y-correlacion-de-fuerzas.html>

García, S. (2016). Paz territorial: ni territorios, ni paz. *Revista Nova et Vera*, 2 (18). Recuperado de: <http://www.urosario.edu.co/revista-nova-et-vetera/Inicio/Omnia/Paz-territorial-ni-territorios,-ni-paz/>

García Durán, M. (2006). *Movimiento por la paz en Colombia. 1978-2003*. Bogotá: PNUD Colombia.

- Grasa, R. (2010). *Cincuenta años de evolución de la investigación para la paz: tendencias y propuestas para observar, investigar y actuar*. Barcelona: Oficina de Promoció de la Pau i dels Drets Humans.
- Herrera, M. (2011). La Unidad Nacional de Santos: en pos de la esquivo hegemonía. *Ciudad Paz-ando*, 4(2), pp. 35-52.
- Keohane, R. y Nye, J. (1988). *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Lederach, J. (2008). *La imaginación moral: el arte y el alma de construir la paz*. Bogotá: Norma.
- López, C. (2013). Tras medio siglo de intentar llevar el Estado a las regiones ¿qué deberíamos preguntarnos? ¿Cómo deberíamos avanzar? *Arcanos*, 15(18), pp. 20-45.
- Mac Ginty, R. (2011). *International Peacebuilding and Local Resistance: Hybrid Forms of Peace*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Mateos, O. (2011). *La construcción de paz posbélica. Análisis de los debates riticos a partir del caso de Sierra Leona* (tesis de doctorado). Universidad Autónoma de Barcelona, España. Recuperado de <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/96422/omm1de1.pdf?sequence=1>
- Montañés, M. y Ramos, E. (2012). La paz transformadora: una propuesta para la construcción participada de paz y la gestión de conflictos desde la perspectiva sociopráctica. *OBETS-Revista de Ciencias Sociales*, 7(2), pp. 241-269.
- Muñoz, F. (ed.). (2001). *La paz imperfecta*. Granada: Universidad de Granada.

Paladini, B. (2011). *Construcción de paz, transformación de conflictos y enfoques de sensibilidad a los contextos conflictivos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC). (2012). *Enfoque Territorial en el marco de los diálogos de Paz*. Recuperado de <https://www.alainet.org/es/active/60410>

Organización de las Naciones Unidas (ONU). (2000). *Informe sobre las operaciones de paz de las Naciones Unidas*. Recuperado de <http://www.un.org/es/peacekeeping/operations/index.shtml>

Observatorio Pacífico y Territorio. (2012). *Primer Encuentro Regional de Jóvenes Constructores de Paz e Identidad de COCOCAUCA*. Recuperado de <https://pacificocolombia.org/>

Rettberg, A. (2012) Construcción de paz en Colombia: Contexto y balance. En Rettberg, A. *Construcción de paz en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Richmond, O. (2011). Resistencia y paz postliberal. *Revista Relaciones Internacionales*, volumen (16), 17. Recuperado de: <https://revistas.uam.es/rrii/article/view/5062>

Rodríguez, D. y Pantoja, J. (2012). *Compendio de Guías de Aprendizaje. Territorio como espacio de vida. Guia 1. Gobierno y autonomía*. Bogotá: COCOCAUCA-JUNPRO. Recuperado de http://repositorio.sena.edu.co/bitstream/11404/2654/1/Guia01_gobierno_autonomia.pdf

Secúe, S. (2012). Intervención en audiencia pública al Proyecto de Ley 27 de 2012, Comisión Primera del Senado. En Acta de Audiencia Pública Proyecto de Ley 27 de 2012. Bogotá: *Diario Oficial*.

Tauss, A. y Large, J. (2015). ¿Paz o desarrollo capitalista? Reflexiones sobre la profundización del régimen de acumulación neoliberal-extractivista-exportador-dependiente en Colombia. *Actual Marx / Intervenciones*, (19).

Zubiría, S. de. (2015). Dimensiones políticas y culturales del conflicto colombiano. En: Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*, (pp. 94-247). Bogotá: Universidad Nacional.